

# En palabras de don Joaquín

COLABORADORES

•

**E**n el número pasado del Repertorio colaboraron don Omar Dengo, don Hernán Zamora Elizondo, don Manuel Sáenz Cordero. No citamos a don Rubén Coto y a don Rómulo Tovar, porque ellos son ya colaboradores habituales. También lo va a ser el señor Dengo. Hoy nos ayuda don Asdrúbal Villalobos, a nuestro juicio uno de los más estimables poetas de Costa Rica. Difícilmente hay quien le supere en expresar musicalmente la emoción aldeana, nuestra emoción aldeana. Todo esto nos place, lo mismo a los lectores del REPERTORIO. Que su ejemplo estimule y se imite; las revistas en gran parte son para eso, para exponer la cultura de un país, para saber lo que piensan, lo que proponen sus hombres capaces. Con los años se va a una revista en busca de un estado de civilización, comprendido y expresado por las generaciones del país que pensaron y escribieron. Los proyectos, los anhelos, las dudas, los entusiasmos, las inquietudes, las

aspiraciones de una generación selecta se van a buscar en las revistas. Es triste saber que hubo generaciones mudas que no tuvieron qué decir o no pudieron decir nada.

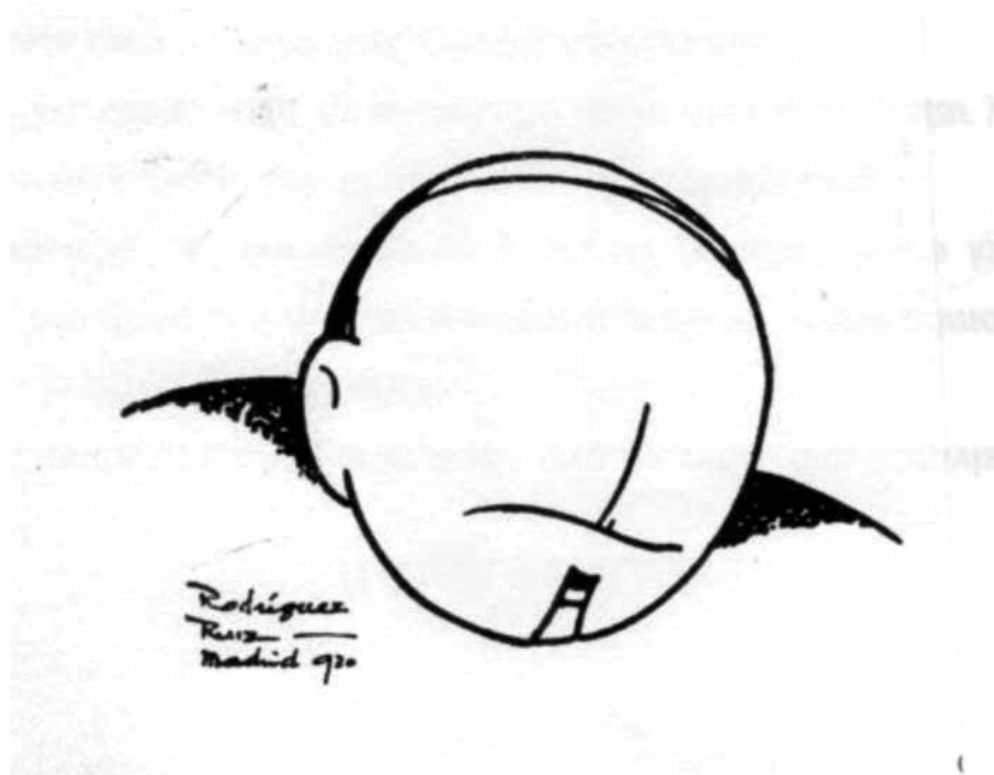
Colabora también en esta entrega el señor Baltodano, Inspector de Escuelas del Circuito I del Guanacaste. Es proverbial entre los maestros de las escuelas, decir que no tienen la revista del gremio. Lo que no han tenido es gusto, voluntad de decir algo estimable, o capacidades. Oportunidades de tener una revista en que hablen hace catorce años se las estamos ofreciendo sin flaquear. Como con los maestros, con los estudiantes y los profesionales. Lo que hay es pereza, o vanidad, o desaliento o poca fe en la utilidad de los esfuerzos propios, en el dinamismo de las ideas que conciben y proponen.

EL REPERTORIO está abierto a todas las corrientes espirituales, a todos los entusiasmos. Con lo que no puede es

con los lugares comunes y las boberías. Se cree que esto de echar impresos a la calle al fin cuesta, y bastante, de tal modo que deben reservarse los empeños para cosas que valgan la pena. Imprimir por imprimir lo que nos llegue, con el pretexto de que es producción nacional, no es cosa que nos entusiasma. En tal caso espigamos en lo extranjero y lo traemos a nuestras

columnas. Que con la producción extraña alterne la propia, cuando ésta se ha escrito con gusto, sinceridad y competencia. Tal ha sido y será nuestra norma de escritores.

JOAQUÍN GARCÍA MONGE, *REPERTORIO AMERICANO*, TOMO 2, N°6, 1° DE NOVIEMBRE DE 1920, PÁG. 75.



# REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO DECENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CIA. EDITORES

PAGINAS DEL REPERTORIO AMERICANO

Repertorio Americano

147

## CON MOTIVO DE UN CRÍTICO

Por el año de 1907 me relacioné con Rubén Darío que volvió a su país después de 15 años de ausencia. Tuve el honor de que me distinguiera con pláticas y enseñanzas sobre el arte poético, lo cual era raro en él, porque entonces era enemigo de que le hablaran de versos. Había además, llegado a su tierra natal como a descansar de su acostumbrada labor y sólo gustaba de que se le tratara de las cosas de la tierra: de recuerdos, de comidas, etc.; tenía un sirviente afeminado, llamado Raimundo, a quien él se quería llevar a París porque sabía hacer un plato leonés: el *punché relleno*. Todas las mañanas oía yo en el zaguán de mi casa un «don José» con voz atiplada; era la voz de Raimundo que me llamaba.

—Dice don Rubén, que vaya. Aquello, para un principiante de versos, era más que alentador. Yo debía sentir entonces lo que un cura de aldea debe sentir, besando el anillo del Pescador.

A veces lo encontraba yo nervioso, preocupado, con alguna timidez, con algún chisme parroquial, lo que se conjuraba con un paseo en coche o a la orilla del lago. Pero por lo general, lo encontraba de buen humor, y era para verme siempre alguna cosa, a puerta cerrada para evitar las interrupciones profanas.

Nunca lo ví tan espontáneo e intímable como cuando me leyó casi todo el «Canto Errante». Me dijo que «La mejor muza es la de carne y hueso», era su mejor poesía en el libro, pero a mí lo que más me emocionó, oída de sus labios, fué la Epístola a Madame Lugones. Aquel su peculiar modo de leer los versos, silabándolos casi, marcando la música nueva, con una nerviosidad severa y meliflua, es para no olvidarse jamás, y comprender la tercera potencia a que se elevaba el valor de sus poesías, en su propia boca.

Aún me parece verlo con los ojos medio entornados y como revolcando la lengua en un néctar, espeso,—el decir:

Se desgrana un cristal fino  
sobre el sueño de una flor.  
Trina el poeta divino:  
¡bien trinado ruiseñor!

Yo era un curioso preguntón, y él un amable instructor de mi ignorancia. Una vez nos encontró en ese momento, un poeta sonoro, que aún no había leído «Prosas Profanas»; pero que estaba ya consagrado por las muchedumbres. Rubén lefame:

Nada mejor para encantar la vida  
y aun para dar sonrisas a la muerte,  
que la áurea copa en donde Venus vierte  
todo el licor de su vifia encendida.

—Ese verso último está mal medido, Rubén! —dijo con aire doctoral el llegado. Darío tornándose en conmisericordia el ímpetu de rabia que le asaltó, le dijo:

—No, Fulano. Es que tú crees que todavía se miden los versos con los dedos y no conoces el nuevo mecanicismo. Este verso es de la misma cantidad que los otros; pero de música distinta. Es de los versos latinos que yo he introducido al castellano. Cuando te acostumbres a los nuevos ritmos lo vas a saber mejor.

Así llegué a oír de sus propios labios, un juicio desfavorable para La Marcha Triunfal que tanto ponen como lo mejor, admiradores y críticos. Para él sólo era una poesía aplaudible; secundaría en mérito a tantas otras. Tenía como mejor que esa, por ejemplo, a Helios, El Coloquio de Centauros y Divagaciones, por ejemplo.

Así en honrosa intimidad conocí también sus juicios sinceros sobre los poetas de España y América. Decía en todos había la influencia de él. A los Machados él me los dió a conocer; le gustaba más Manuel; y a mí Antonio.

—Tiene razón, me decía: por la simpatía de temperamento.

Hablaba bien de Guillermo Valenciano, de Amado Nervo, de los sonetos de Chocano, y muy bien de Lugones.

Hablábamos de ultratumba a veces, y se ponía nervioso como una niña.

—¿Por qué lo malquiere a Ud. Bobadilla, don Rubén?

—Porque nunca lo he citado, por la sencilla razón de que para mí no es más que un distinguido escritor.

—¿Blanco Fambona?

—Ese no puede quererme porque estamos en planos distintos. Él es asesino y yo no lo soy y cree que la poesía se maneja con machete, como la gobernación del Pachira.

Tuve la grata sorpresa de que me hablara de un mi soneto a Shakespeare, que había olvidado yo mismo, y que lo calificara de intenso. ¡Darse cuenta de él en París, habiéndose pu-

blicado en un diario local! No me explicaba yo. Entonces me animé a llevarle mis versos inéditos. Una colección de rimas románticas, en su mayor parte medio julioflorescas.

Aquello fué la causa de mi despartar, con una sabia disertación paternal que me dió sobre la poesía nueva. Me hizo odiar la literatura, y amar el espíritu sincero; supe lo que se llama retórica, o producción artificiosa; me divorcié de la poesía elocuente y me casé con la poesía llana, sincera, que pegue mejor de prosaica antes que de afectada: amé la naturalidad sin lugares comunes, ni en el fondo, ni en la forma. Comprendí que cada uno de nosotros es una fuente original y que ser sincero es ser potente; que el regionalismo o criollismo no es vulgarismo, pues lo humilde y lo bajo se puede dorar con el espíritu; y me enseñó a odiar sobre todo la elocuencia en el verso.

¿Qué destronamiento de ídolos hizo en mi gusto aquel divip iconoclasta! Aquel día volví a mi casa a quemar mi pobre libro «Abril», salvando sólo el prólogo de Santiago Argüello.

Ese es el libro, en que de seguro no hubiese encontrado ninguna chocarrería el señor crítico costarricense Alvarez Berrocal.

Decía el maestro: *suu crítico os alaba por lo menos alabable, y os censura por lo menos censurable*. Así es:

En mi poesía a la Bandera Azul y Blanco, premiada con cien dólares, en un concurso, encuentro méritos mi crítico, y debo declarar con sinceridad, que para mi gusto no tiene ninguno otro que el haberse apartado del sonneto oficial de la Retórica. Se trataba de escribir algo para el gusto de Don Público y sacrificué el mío. En un concurso ya se sabe que no se nombra para calificar a los idóneos, sino a los más respetables dómicos y hay que ponerse a la altura de ellos para obtener éxito.

Gané los cien dólares: pero he tenido después, que soportar en silencio las felicitaciones por esos versos que no incluí en mi libro.

Yo no niego que éste contenga defectos, pero no los que Berrocal por descuido pone en los versos míos, al citarlos. Si no le gustan no por eso debe alterarlos.

En cambio yo reconozco en él buena intención pedagógica y predisposición de que llegarán a gustarle con un poco de mejor cultura, las *chocarrerías* poéticas. El progreso penetra hasta en los más apartados lugares, según el insigne Pero Grullo, príncipe de los genios.

JOSÉ OLIVARES

(Los Domingos, Managua).

Los primeros tomos de la BIBLIOTECA LATINO AMERICANA que dirige en París don Hugo de Barbagelata, ya se han publicado. Son:

Rubén Darío: <i>Epistolario</i> .....	\$ 1-25
Varios autores: <i>Rosú y sus críticos</i> .....	3-00
F. García Calderón: <i>El Wilsonismo</i> .....	1-25
Gertrudis Gómez de Avellaneda: <i>Sab</i> (novela).....	3-00

Ud. los hallará en la Administración del REPERTORIO.

Tomo II, N°6, 1° de noviembre de 1920